

formarse, no sabemos qué será lo que pueda haber en esto.

—Yo creo que ha resultado... nada, nada, vale más esperar porque la curiosidad es una cosa que impacienta.

Y aquellas cuatro personas se despidieron, proponiéndose cada una en su interior averiguar aquel misterio.



CAPÍTULO IV.

DE LO QUE LES ACONTECIÓ Á LOS
VIAJEROS EN UNA MALA TARDE.

DOÑA Refugio fué la primera que se levantó al día siguiente, y solicitó hablar con Carlos para arreglar la conducción de Salomé.

Apenas estuvieron levantados los viajeros, comenzó á circular la anécdota de la noche anterior, comentándola cada uno á su manera.

Castaños y Luisita, que movidos por los mismos instintos de curiosidad congeniaban en ese y en otros puntos, y que además

eran compañeros de viaje, fueron los que tomaron mas á pechos el asunto de la desconocida.

—Algo muy grave debe haber visto doña Refugio en todo esto, decía Castaños, para que se hayan tomado ciertas determinaciones. ¿Si iremos saliendo con que la desconocida misteriosa es pariente de doña Refugio?

—Ya me lo había sospechado, dijo Luisita, porque de otro modo no se explica la reserva que desde cierto momento emplea doña Refugio en este asunto.

—¿Y dicen que esa mujer es bonita?

—He oído decir que tiene un porte distinguido á pesar de la traza con que camina.

—¡Pobre mujer!

—Debe ser su historia terrible: algo daría yo por conocerla.

—Lo cual no me parece difícil, supuesto que según todas las probabilidades, á partir de este momento ya la desconocida pertenece á la familia de doña Refugio.

—Si doña Refugio fuera joven, exclamó Castaños.

—¿Qué?

—La enamoraba por averiguar lo de la aparecida.

—¿Y cómo se llama esa mujer?

—Salomé.

—Hasta el nombre es raro.

—Sobre que le digo á usted que aquí hay una grande historia.

—¿Y adonde la han colocado?

—En el último coche.

—¿Sola?

No; la han hecho acompañar por la criada de doña Refugio.

—No ha sido mala la fortuna de la aparecida; por lo visto ya se acabaron sus trabajos.

—¡Quién sabe!

La comitiva montaba á la sazón en los carruajes, y algunos momentos después se ponía en marcha.

Ninguna circunstancia notable hubo en la mañana de ese día. De entre los ginetes había algunos mozos de confianza encargados de explorar el camino, tomando noticias

en algunos lugares y separándose del camino, principalmente en ciertos parages, para explorar las laderas, cuando éstas eran monte ó arboledas.

Doña Refugio, que había notado ya el efecto que Salomé había causado entre los convidados, se puso de acuerdo con Carlos á fin de sustraerla lo más posible á las miradas indagadoras de los paseantes, de manera que á pesar de haber muchas personas interesadas en averiguar lo que pasaba, no les fué dado ver á Salomé á la hora del almuerzo.

Sentados todos á la mesa, aunque no con las comodidades del día anterior, sólo se esperaba á Carlos, cuya repentina desaparición empezaba á causar cierta inquietud.

Al cabo de algunos momentos, que al hambre de los paseantes parecieron horas, un criado trajo la noticia de que Carlos vendría después á la mesa.

—¡Malo! dijo Castaños á su inseparable compañera Luisita.

—Malo ¿por qué?

—Esto es un preliminar que no me gusta.

—¿Por qué?

—Porque es señal de que alguna novedad ocurre.

La palabra novedad soltada imprudentemente por Castaños pasó de boca en boca, y produjo un murmullo de verdadera alarma.

—Dicen que hay novedad, decía uno.

—¿Qué clase de novedad es esa de que todos hablan? preguntó otro.

—¿Quién dice que hay novedad?

—Yo, no.

—Ni yo.

—Lo ha de haber dicho Castaños, dijo una señora, quien con esta frase promovió la hilaridad.

—Todo lo ha de hacer Castaños, dijo éste. ¿Quién ha dicho que yo soy el autor de esa noticia?

—Todos, gritó uno.

—¡Es natural! Castaños es el hombre de las noticias.

—Pues nada de eso, señores; pueden us-

tedes tranquilizarse, porque yo no he hablado nada de novedades.

—¡Hueco! le dijo Luisita al oído á Castañón, queriendo darle á entender que había sido imprudente al soltar aquella palabra.

Por poco pusilánimes que fueran los concurrentes, y por poco fundamento que tuvieran los rumores, bastó que circulara la idea de un peligro para que todos los ánimos se sobresaltasen, abultando cada uno según su fantasía la clase de peligro á que iban á exponerse.

Carlos, entre tanto, hablaba á solas y con cierto misterio con uno de los exploradores.

—Pues me dijeron, decía el explorador, que está el camino malo.

—Bueno, contestaba Carlos, ya sabemos que á pesar de todas nuestras gestiones no se ha logrado que compongan el camino.

—No, señor amo, quería yo decir... porque como ya sabe su mercé que no todos los días son iguales, y que los compadres no tienen hora, porque tan pronto se aparecen por aquí como por allá...

—¿Y ha habido quien los vea?

—Dicen en el rancho que por allí pasaron esta mañana como unos seis.

—¿Ladrones?

—Pues eso no se sabe; pero yo creeré que sí, pues cuándo no; dicen que iban bien montados, y que uno de ellos llevaba charreras tagarnas.

—¿No los conocieron?

—Pues á uno dicen que le nombran el Pájaro.

—¿Pero no eran más que seis?

—Eso es lo que dicen, que vieron seis, señor amo.

—¿Y crees que salgan?

—Pos, yo creeré que puede ser, porque si han ido á traer más gente; pues cuando no hacen la lucha, aunque no sea más que por saber como quedan.

—Pues mira, haz que los muchachos alisten las armas.

—Está bueno, señor amo; aunque se me figura que de caernos, será al pardear y en aquellos malos pasos que hay cerca de las

lomas, como quien baja ya *pa* la hacienda.

—¿En las barrancas?

—Sí, señor como quien coje así para el potrero.

—En todo caso, procura avisar con tiempo, coloca á los muchachos de modo que nos den tiempo de prepararnos.

Carlos volvió á la mesa con visible mal humor, y todas las miradas se fijaron en él, en medio del sobresalto general.

—¿Hay algo notable, señor don Carlos? dijo uno.

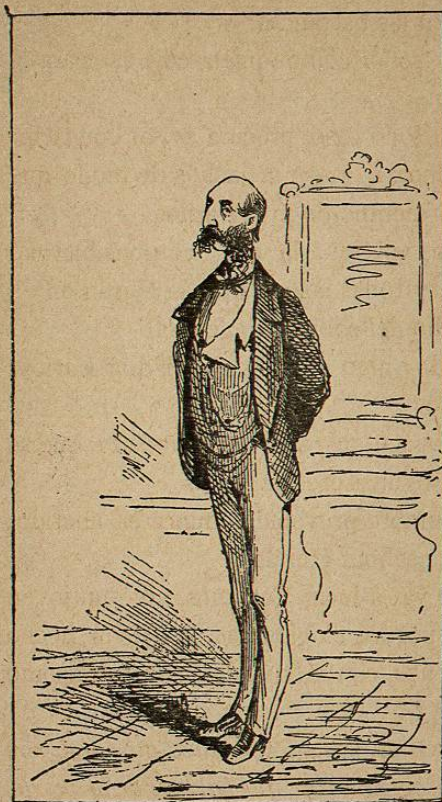
—No, señores; sólo he mandado que se tomen algunas precauciones.

—Hombre prevenido, nunca es abatido; dijo una señora grande.

—Se va á lucir Castaños, dijo un joven picado por los elogios que le habían hecho á Castaños, con motivo de su destreza como tirador.

—Bien es, agregó un diletante, que *non es lo mesmo morire, que parlare de la morte.*

—Ya se vé, agregó otro pollo, que no es lo mismo la placa que el ladrón; porque un



CASTAÑOS.

REPOSICIÓN DE LIBROS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1925 MONTEBELL, BRUCH

huevo en una botella, es lo más sereno que se conoce en materia de punto en blanco; pero un bandidazo ¡caracoles!

—¡Ay! qué miedo! exclamó una polla.

—Yo me quiero volver, dijo otra.

—Yo me muero! dijo una jovencita de grandes ojos y cabello corto y rizado.

—No ha de haber nada, dijo con aplomo doña Refugio, haciendo resonar su buena voz en el comedor; los ladrones no se atreverán á atacar una caravana tan respetable como la nuestra.

—¿Pero si son doscientos hombres? objetó uno.

—Por estos lugares, dijo un señor que no había cesado de comer, no hay partidas tan gruesas.

—Sobre todo, agregó el pollo, yendo Castaños con nosotros...

—Señores, yo no soy valiente, dijo Castaños picándose; uno es que tire tal cual al blanco, y otro es que me crea con la serenidad suficiente en un lance; yo nunca he sido guerrillero ni mucho menos...

—¡Adios de Castaños!

—¡Pero Castaños, hombre!

—¿Qué es eso, Castaños?

—Ese pollo, murmuró Castaños sentándose, me está cargando desde ayer.

El pollo por su parte estaba diciendo á su adlátere:

—Este Castaños es muy pretencioso, cree que solo él sabe tirar, y si nos pusiéramos ¡quién sabe!

—¿Vd. también tira, jovencito? le preguntó un señor grave que estaba á su derecha.

—Sí, señor, tiro; que para eso le ha costado á mi papá buenos pesos y á mí una zurra.

—¿Cómo estuvo eso? le preguntó su compañero.

—Nada, que gasté en el tiro de pistola el dinero de un cobro de mi papá, y me dió mi merecido; pero en cambio aprendí á tirar y saqué el Aguila, hice treinta y una.

—Aquí hay otro tirador, dijo uno.

—¿Quién?

—Santibañez.

—¡Bravo! ya hay un competidor de Castaños.

—Pues con dos Guillermo Tell no hay que tener miedo.

Castaños murmuró:

—¡Me alegro!

Las bromas se sucedieron unas á otras mientras duró el almuerzo; pero en medio de la aparente alegría que reinaba, había quien seriamente estuviera pensando en que había que esperar un peligro positivo.

Al tomar de nuevo los carruajes, Carlos fué entonces, y no D.^a Refugio, quien ordenó la colocación de los viajeros, haciendo que ocupasen las señoras el centro del convoy.

Se aumentó el número de los ginetes con otros dos criados que se proporcionaron en aquel lugar, y después de haber destacado cuatro ginetes como descubierta, los coches emprendieron la marcha.

A poco andar comenzó el terreno á ser mas accidentado y molesto, y la marcha de los carruajes se hacía á cada paso mas y mas lenta y difícil.

De repente se paró el primer coche y tras él todos los que seguían sucesivamente, transmitiéndose la alarma de uno á otro.

La mayor parte de los hombres saltaron de los carruajes, Castaños y Santibañez pistola en mano, y los demás buscando por todas partes con ávidas miradas á los ladrones.

—¿Qué hay?

—Ahí están.

—¿Qué ocurre?

—Los ladrones.

—¡Fuego sobre ellos!

—¿Cuántos son?

—¡Jesús, María y José!

Todas estas voces se mezclaron en confusa algarabía y la alarma tomó colosales proporciones entre todos los concurrentes.



CAPÍTULO V.

EL CHUBASCO.

LOS coches debían desfilan por un estrecho sendero, en el que un mal paso había detenido el primer carruaje.

La alarma se convirtió bien pronto en algazara cuando se hubo averiguado la causa de la detención; pero el mal era en realidad mayor de lo que parecía, pues se había inutilizado una rueda y aquel coche no podía seguir caminando.

Reunidos los criados no tardaron en sa-